

La Crónica del poeta Vallejo

Por Marcelo Báez Meza

Texto leído la noche del miércoles 10 de enero de 2007 en el paraninfo de la Universidad Andina Simón Bolívar.

Esta noche no voy a hablar del ministro de educación, me interesa hablar del amigo literato. Tampoco haré la trillada reflexión sobre política y literatura para no caer en el lugar común de señalar el vivo dilema del escritor que hace política o el político que escribe (solo ruego a Dios que en estos cuatro años le quede algo de tiempo para escribir, con lo perfeccionista que es con cada libro que redacta). Tampoco voy a hablar del educador porque no tuve el gusto de ser su alumno. Yo no recibí clases de Literatura Medieval, Literatura Hispanoecuatoriana o del siglo XIX, peor aún asistí a sus seminarios sobre cine y literatura en la Universidad Católica de Guayaquil o fui parte de sus charlas sobre grandes novelistas del siglo XX. Tampoco voy a hablar del periodista ya que no tuve el gusto de ser su compañero de armas en la revista *Vistazo* donde fungió como coeditor. Peor aún revelaré el apodo que le puso Johnny Lino, antiguo editor gráfico de aquella revista. “Pescuezón”, creo que era, no me acuerdo bien, o “pescuezudo”. Aunque me gustaba más el apodo que Jorge Velasco Mackenzie le puso en la época de los talleres literarios de Miguel Donoso Pareja donde todos los escritores eran hermosos y malditos. “El hombre pluma”, le llamaba el Negro Velasco. Según yo, tal mote se debía a la esbeltez del aludido, pero el Negro me dijo que era porque siempre se la pasaba escribiendo a lo Flaubert. Maritza Cino cree que tal mote se debe a la capacidad de volar de nuestro homenajeado. Tampoco es pertinente mencionar la etapa televisiva de Raúl en un programa de canal 8 (canal 2 en Guayaquil) llamado “Introducción a la universidad”, si mal no recuerdo, donde empezaba a destacar por su telegenia y dicción. En dicho programa, llegó incluso a entrevistar a Gabriel García Márquez. Tampoco mencionaré que fue el guionista de un producto televisivo romancón llamado *La chica de Manta*. En un plano más personal tampoco expresaré el deleite que siempre experimenté leyendo sus artículos en *El Comercio*, *Soho*, *Diners*, *Tiempo Libre*; sus cuentos y ensayos en la revista *Cuadernos* de la Pontificia Universidad Católica del Guayas y en la revista *Kipus* de la Andina.

De lo que quisiera hablar esta noche es del Poeta. Pocos saben que tiene nombre de bardo. Se llama César Raúl Enrique Vallejo, igual que el gran poeta peruano, autor de *Trilce* o *España, aparta de mí este cáliz*. Nunca sabré por qué no firma César

Vallejo, en vez de Raúl. Bueno, él algún día revelará tal misterio. Yo quisiera hacer hincapié en la gran formación poética que tiene nuestro amigo. Es un gran conocedor de la lírica en lengua castellana, desde la edad media, pasando por el siglo de oro hasta nuestros días. Eso se siente inclusive en el fraseo del narrador. Los destellos poéticos en su narrativa siempre me hicieron pensar que era un poeta contenido. Ya no lo pienso. Creo que Raúl es un poeta genuino. Gracias a *Crónica de un mestizo* se ha constituido en un creador de un mundo narrativo lleno de *poiesis*. Creo que el punto culminante de su interés por la lírica está ya en la última novela de Raúl titulada *El alma en los labios* donde la prosa poética camina de la mano de la voz narrativa. *Cánticos para Oriana*, su primer poemario, es la confirmación de un talento lírico que no estaba en ciernes, sino maduro. *Crónica del mestizo* viene a ser la reconfirmación del poeta a través de un discurso a ratos telúrico, a ratos historicista, que nos habla de un nuevo país donde se aglutina la diversidad en la unidad.

El asunto —(los levantamientos indígenas a través de nuestra historia) que fácilmente pudo haber caído en el boletín elegíaco o en el canto particular nerudiano— sale *avanti* porque los recursos lingüísticos son de un poeta pero la construcción del mundo aludido es el de un cronista que padece de manía de contar (inclusive se interpolan microtextos en quichua o tomados de códices históricos).

Este poema también se puede interpretar como una continuación de *Crónica mestiza del nuevo Pachakútik* que Raúl publicó a través del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Maryland con el siguiente subtítulo: *Del levantamiento indígena de 1990 al Ministerio Étnico del 1996*. Traigo a colación este texto de once años atrás para que nos demos cuenta de los temas obsesivos y recurrentes que aparecen en el libro de esta noche.

La poesía es más profunda y filosófica que la historia, nos dice Aristóteles. Vallejo parece decirnos con versos como “los poetas apenas somos testigos perjuros” que la historia es más profunda y poética que la filosofía. De “pobre palabreo” este poema no tiene nada, por más que la voz lírica nos lo diga en el último verso. Esta *Crónica del mestizo* no es testimonio de ningún fracaso, aunque el epílogo nos quiera convencer de ello. Se trata de un discurso sostenido, con espesor epistemológico, con versos largos bien ritmados, y un lenguaje rico en tropos eludiendo en todo momento lo prosaico y lo banal. Quizás otro escritor pudo haber caído en un discurso vacío debido a las recurrentes citas históricas, pero nuestro poeta sale airoso de ese desafío, logrando un texto de apenas cuarenta páginas, recordándonos que los grandes poemas del siglo

XX fueron de mínima extensión. Basta mirar atrás para traer a colación *La tierra baldía* de T. S. Eliot o *El cementerio marino* de Paul Valery, dos ilustres ejemplos (salvando las distancias).

No queda sino saludar el nacimiento de este nuevo poemario que bien pudo haber sido firmado por un tal César Vallejo, el chico de Manta. Y dejarlos a ustedes con los mejores versos de esta *Crónica del mestizo*: “Y todo lo visto/ lo estoy cantando con voz prestada”.